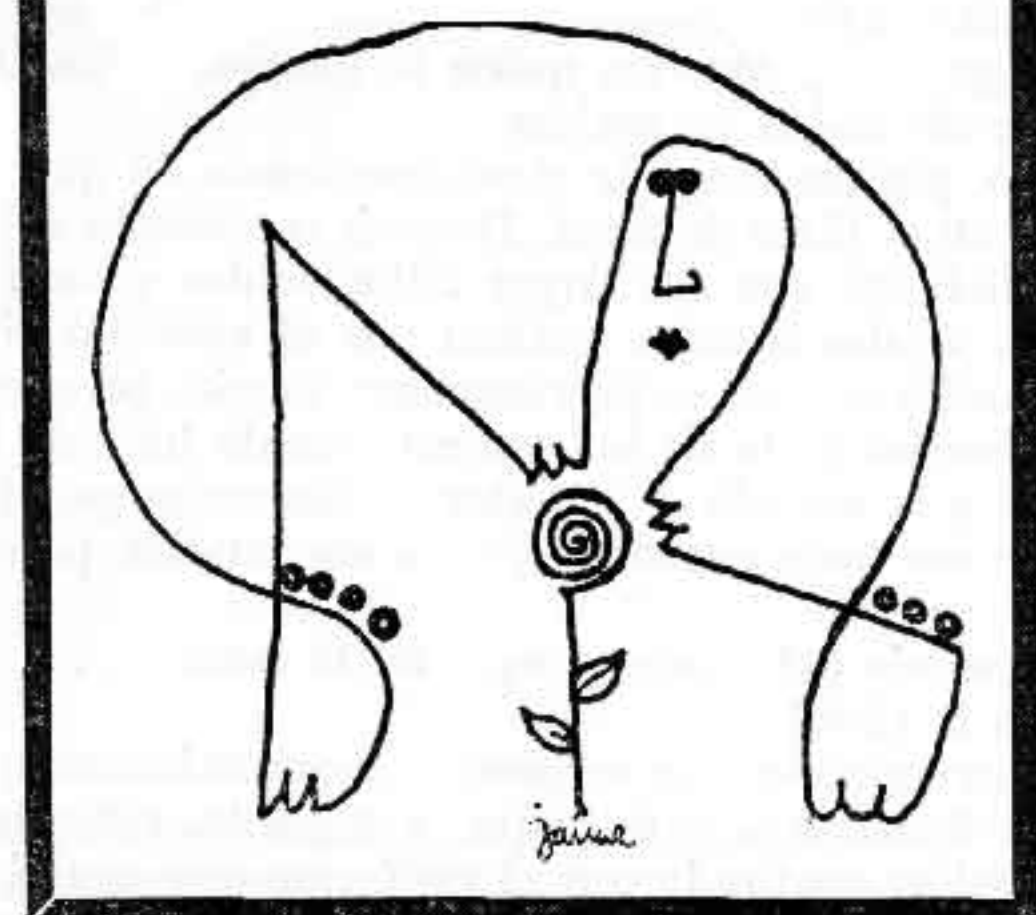


# VaRiA

## *invención*



*“... y escribiré sobre los días  
olvidados”*

J. Morales de León /

4º año de letras españolas. Filosofía y Letras

A Charles Baudelaire en el cen-  
tenario de su muerte: 31 de  
agosto de 1967.

Me dijeron que yo había olvidado a Dios; que no veía mi cara, sino mi espalda; que me escondía entre las hierbas crecidas y ahí me desnudaba y que, en un solo día, siete veces pecaba.

—No le digas a Jesús que pregunté por él. No le digas que lo vi entretenido con las criaturas. Acaso cuéntale que pasé por aquí mirando lo crecido de la hierba. Pero no le digas que lo vi contando, una a una, las monedas; midiendo y pesando las espigas y probando los odres del verano. No le digas a Jesús que pregunté por él.

—¿A dónde vas? ¿A dónde según corren tus caprichos? ¿Crees que la tierra te ofrecerá siempre sus frutos? ¿Qué ganas con entregarte al placer, libidinoso? Reparte tus monedas entre los pobres; ofrece las espigas que te sobran a los hambrientos; guarda los odres para el invierno. No seas libidinoso con los que nada tienen. No olvides que el verano no es eterno.

Olvidé la hora de la adoración. Olvidé cómo me enseñaron a elevar al cielo una oración. Olvidé todo un murmullo de rezos y de ellos sólo restan los ecos. Me dijeron que soy exactamente como una campana, que toca y emite estos ecos: fríos, sin sentido, vacíos.

Entre las hierbas —a lo lejos— oigo un murmullo de rezos.

—Tú lo has visto. Tú lo has visto por las tardes al son de las esquilas, cuando el viento abanica, suavemente, la sespigas. Tú lo has visto. Arriba, ahí, ¡prendido! ¡Qué solitario! ¡Qué frío! Sí, pero, ¡cuán bellamente casto! ¿No te parece una lágrima que vierte la tarde al anunciarse que, el día expira, lentamente, en su agonía? Tú lo has visto mientras te ríes y mientras suspiras y... No lo olvides, es el lucero, testigo mudo de tus necedades.



Fatigado, hastiado, aburrido del infierno —después de una temporada— pude recordar los días olvidados. Recordé los consejos de los ancianos; las palabras de los poetas; los rezos de las viejas —aves negras anidadas en las iglesias. Lo que no he podido recordar —y esto me atormenta mucho más que las llamas— es el sabor de aquel exquisito vino que bebía en mi campiña. Tampoco he podido recordar el olor de las espigas maduras que esparcía el viento caliente y que tan placentemente refrescaba mi cuerpo. Ahora ardo entre las llamas vivas y abandono a ellas estas hojas, hojas escritas sobre olvidados días.

---

# Abahel

Luis G. de Alba /

Psicología. Facultad de Filosofía y Letras

Yo soy Abahel, el anciano hermoso, padre de Dan y de Tel la de los pechos como palomas y los muslos como gacelas, que teje guirnaldas a la sombra de Ebel, tierno y suave amante que llena de rosas su vientre y le hace parir hijos bellos como los hijos de los ciervos que en el invierno bajan de las montañas al valle tibio.

Yo soy Abahel, el anciano de los hermosos ojos y abundante barba, padre de Acar que recogía estrellas al amanecer en la arena húmeda y su cuerpo era como nácar, delgado y flexible como los juncos del arroyo.

Pero he aquí que Abahel verá pronto el fin de la luz y regresará a su oscura morada con su padre Amur y su madre Hestia.

Oh Abahel, Abahel, tus ojos ya no reconocen el sendero de la fiera que acecha en la espesa noche y tu brazo débil no empuñará el arco ni la lanza en las batidas de los jóvenes empeñosos y de miembros endurecidos; en las que el jabalí es herido de muerte y, atado a un palo, es cargado luego por los sirvientes de anchas espaldas entre las antorchas, la alegría y las ánforas de barro cocido repletas de vino rojo. Los bellos colores de los faisanes colgados en racimo y llevados por los jóvenes cazadores alegrarán la mesa de rudo nogal y roble cuando la fiesta se inicie.

¡Ah, espléndidas mesas de la bacanal!; el jabalí rodeado de faisanes horneados lentamente y rellenos de frutas secas y ahumadas en el largo invierno por las mujeres que las ensartan al calor del fuego para luego colgarlas. Las ánforas de delicado diseño llenas de rojo vino exprimido en los lagares cuando llega el tiempo de la vendimia. Y las olorosas frutas que desbordan sus cestas a la luz de numerosas antorchas.

Abahel, Abahel, padre de la hermosa Thilce y del apuesto Braxa, el de la piel dorada, que va siempre desnudo y con un lienzo de seda blanca anudado